



Dicen, y es verdad, que no se ve crecer la hierba. Pero lo hace, incluso en las esquinas de las aceras de cemento.

«Hace tiempo que deberían haber limpiado esto», piensa justo antes de abrir el portal.

Uno de sus vecinos está en el rellano de la escalera apoyado en su bastón con la mirada perdida.

«Buenos días, don Enrique. ¿Cómo se encuentra?», pregunta Isabel acercándose al ascensor.

«La vida es una mierda, joven. ¿Qué quiere que le diga?», responde él sin dejar de mirar la pared.

El gesto de ella cambia.

«¿Se encuentra mal del estómago otra vez?»

«Ojalá fuera el estómago. Es el corazón, que me explota en el pecho y no sé cómo calmarlo. La gran puta...»

«¿Puedo hacer algo por usted?», pregunta preocupada, acercándose a él.

«¿Podría acompañarme a casa, si es tan amable? Hoy no me siento fuerte. Hay días en los que todo me cuesta. Me quedaría más tranquilo si sube conmigo a casa.»

«Sí, sí, claro que sí.»

Don Enrique vive en la primera planta y nunca usa el ascensor. Ella deja que él suba las escaleras delante. Oye la respiración fatigada del hombre, que apoya el bastón y los pies con lentitud. Encarna, la vecina del tercero, le contó que don Enrique había boxeado de joven y había llegado a tener una carrera bastante exitosa como peso pluma, pero se había

malogrado después del accidente de tráfico en el que perdió el deltoides. Isabel sigue lentamente el paso del hombre que resopla al pisar el último escalón y mete la mano en el bolsillo para sacar las llaves. Las llaves se mueven en una mano llena de arrugas con las venas marcadas y visibles signos de deformación en los dedos.

«¿Quiere que le ayude?», pregunta ella.

«No, puedo yo. No se preocupe», responde él con seguridad. Acierta a meter la llave en la cerradura y abre la puerta. «Entre, por favor. Disculpe el desorden. La mujer que limpia viene mañana y está todo un poco desordenado.»

Es la primera vez que ella entra en el piso. Es uno de los pocos que no han sido reformados. Conserva las viejas molduras en el techo, las puertas de madera oscura, las baldosas con arabescos. Camina dos pasos más atrás del hombre con la extraña sensación de estar siguiendo a un fantasma.

«La vida, joven, se ríe con nosotros, todo lo tiene que hacer a nuestra costa. Ojalá se acabe pronto, no espero otra cosa que la muerte.»

78

Entran en la sala de estar. La ventana da al frente más soleado del edificio. La luz que pasa a través de los visillos es suficiente y no es necesario aún encender la lámpara. Hay un sofá de dos plazas y dos tresillos de terciopelo verde. Sobre un mueble de color caoba está la televisión, un modelo antiguo que seguramente ha dejado de funcionar hace años. El tiempo parece haber quedado detenido en cada objeto en algún momento de un pasado lejano, con la muerte de su mujer, quizás. Las fotografías en blanco y negro que cuelgan de las paredes le ayudan a hacerse una idea de cómo era la que podría ser hoy su vecina. Cada una de esas fotografías hace más real la escasa información que tenía hasta hace un momento de don Enrique. En una en color una niña aparece levantada en el aire, sujetada de cada mano por don Enrique y su mujer. La mujer tenía el pelo rubio, muy cardado, como se llevaba antes.

«Solo escucho la radio. La televisión es veneno puro», dice él mientras se recuesta en el sofá grande, apoya el bastón

a su lado y ajusta uno de los pliegues del primer botón del chaleco.

«¿Le traigo un vaso de agua?», pregunta ella.

«Sí, por favor. La cocina es esa puerta de ahí», dice alargando el brazo.

Ella cruza el pasillo y enciende la luz de la cocina, un tubo fluorescente que tarda aún unos segundos en iluminarse. Abre la alacena que está al lado del fregadero y encuentra los vasos.

«Del grifo, por favor», oye decir al hombre desde la sala. Isabel asiente con la cabeza. Deja correr unos segundos el agua. Mira el vaso y lo ve sucio. Echa un poco de jabón en un estropajo para quitar la mancha. Aclara el jabón y vuelve a mirar el vaso a contraluz. Ahora sí. Lo llena de agua y regresa a la sala.

«Aquí tiene. ¿Cómo se encuentra ahora? ¿Un poco mejor?», pregunta extendiendo el vaso.

«Quiero morir», dice don Enrique en voz baja, antes de dar un trago al agua, como si se tratase de un pensamiento casual, pese a la gravedad de la afirmación. «Hoy he hablado con mi hija. Le he dicho que me llame todos los días al mediodía y si no contesto que venga a recoger mi cuerpo, porque habré muerto y no quiero que se enteren los vecinos cuando el olor se note en el descansillo. A veces se oyen noticias así y es algo muy desagradable. Hay niños pequeños en el edificio. Imagínese qué espanto el olor a muerto.»

Da otro trago al vaso de agua. Ella no sabe qué decir.

«No diga eso, don Enrique», improvisa, «¿Quiere ir al médico? Puedo acompañarle o llamar a alguien de su familia, si usted prefiere.»

«Ahora no hay mucho que hacer. Esta noche la sentí hurgando mi pecho. Es vieja como yo. La oigo caminar por la casa. Se ríe la ramera...»

La voz de don Enrique se hace más grave al decir *ramera*. Pero su respiración está más calmada. Ahora mismo es la seriedad con la que habla lo que la asusta.

«La vida se ríe con nosotros, no lo olvide», dice él mirándola.

«El caso es que encontremos algún motivo para reírnos nosotros también con ella, ¿no cree, don Enrique?»

El hombre gira la cabeza y la mira fijamente.

«Dios la oiga, joven. Vaya a su casa ya, no se entretenga más, seguro que tiene mejores cosas que hacer que perder su tiempo con un viejo como yo. Además, me encuentro bien, simplemente estoy un poco cansado. La muy puta me volverá a patear esta noche, pero no tendré la suerte de morir en cama, de eso puedo estar seguro.»

«No hable así.»

«Disfrute de la vida, joven, pasa demasiado rápido, no llega ni a sainete», dice apoyando la cabeza en el respaldo del sofá.

Ella lo mira un momento y se despide.

Antes de llegar a la puerta se detiene delante del espejo ovalado, con la sensación extraña de haber tenido ya esta conversación. En realidad, el hombre no ha estado demasiado diferente a otros días, siempre ha sido un cascarrabias bonachón. Y, sin embargo, al ver esas fotografías, pareciera que...

«No es tu familiar, Isabel.»

Las primeras vueltas son lentas. Parece algo intencionado, obra de una preparación minuciosa que da como resultado el cromatismo perfecto de la ropa en el tambor. El azul de los calcetines y la camiseta naranja, una lección auténtica de los colores complementarios en la que todo coincide. Violeta y amarillo. Rojo y verde. Extraordinario. Pasan dos meses en la casa de verano. Juega con la hija de Estela, la pequeña Cruz.

Cierra la puerta de la lavadora y los colores empiezan a dar vueltas. Las primeras son siempre lentas, también en las atracciones infantiles: la noria o esas otras máquinas con forma de saltamontes gigante. El amor se precipita. Da unos

pasos hacia atrás, separándose de la lavadora, pero sin dejar de mirar el tambor. Los veranos en la casa y sus juegos.

Nos quitábamos la ropa y nos metíamos en cama. Jugábamos a hombres y a mujeres mientras Estela cosía. Yo había dibujado por primera vez una mujer y un hombre desnudos aquel verano y te los había enseñado. Nos dábamos besos en la espalda, en el cuello y en los hombros; nos decíamos *te quiero* y *cariño*; nos reíamos y nos preguntábamos qué había de cenar, cómo estaban nuestros niños, imaginábamos qué serían de mayores... Después nos cambiábamos de lugar; la que estaba debajo se ponía encima y pasaba de ese modo a ser el hombre. Oíamos al final del pasillo el ruido de la máquina de coser que hacía sonar monótonamente sobre el pedal el pie de Estela. Era una máquina grande con mueble. Hace años que no he vuelto a ver una igual. Estela canturreaba siempre alguna canción. A veces eran tangos. De todas, mi preferida era *Las cosas del querer*.

No sabíamos bien en qué consistía ser hombre o ser mujer más allá de nuestra posición en una cama. Aquel fue el último verano que pasamos en la casa. Meses después la vendimos. Más de una vez me acordé de ti, pequeña Cruz, que solo tenías un año menos que yo, pero aún jugabas con muñecas, y de la única norma (arriba, abajo) de nuestro matrimonio de niñas. Más de una vez me pregunté si te acordarías tú también de mí y qué pensarías cuando unos años más tarde alguien te dijese que las mujeres no se quieren entre sí, que aquel juego nuestro no era propio de niñas, que tenía algo de horrible o que simplemente eso no se hacía. En ningún momento fue horrible, pero sí premonitorio. Te soñé tanto, Cruz desnuda sobre mí, mi hombre niña, cuando empecé a masturbarme. Me gusta creer que aún hoy es el secreto de las dos.